

www.elboomeran.com

J. M. Castellet

# Seductores, ilustrados y visionarios

Seis personajes en tiempos adversos

Traducción de Rosa Alapont



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Seductors, il·lustrats i visionaris  
Edicions 62  
Barcelona, 2009

*La traducción de esta obra ha contado con una subvención*

del  institut  
ramon llull  
Lengua y cultura catalanas

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* grabado de Joan Ponç, 1967

*Primera edición: octubre 2010*

© De la traducción, Rosa Alapont, 2010  
© J. M. Castellet, 2009  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7218-7  
Depósito Legal: B. 32949-2010

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

¿Tú tenías amigos?  
Sí.  
¿Muchos?  
Sí. Muchos  
¿Te acuerdas de ellos?  
Sí, me acuerdo.  
¿Qué les pasó?  
Murieron.  
¿Todos?  
Sí. Todos.  
¿Los echas de menos?  
Sí.  
¿Adónde vamos?  
Vamos hacia el sur.  
Vale.

Cormac McCarthy,  
*La carretera*

## JUSTIFICACIÓN

En 1988 publiqué *Los escenarios de la memoria*, que pretendía ser un ejercicio literario para explicar, a través de mi relación con algunos personajes relevantes del mundo de la cultura, una parte de mi formación intelectual. El libro quería ser asimismo un reconocimiento público de aquellos a quienes consideraba maestros o amigos. Ciertamente, *Los escenarios de la memoria* pretendía más cosas, pero muchas concernían a la sensibilidad o la perspicacia de los lectores, terreno en el que no me correspondía interferir.

*Seductores, ilustrados y visionarios* pertenece al mismo género literario, pero, a diferencia de *Escenarios*, éste no es un libro premeditado, en el sentido de que los personajes no han sido elegidos en función de un riguroso casting intelectual. En el caso de *Seductores*, los personajes, todos amigos personales y compañeros de aventura literaria o cultural durante muchos años, me han impuesto su presencia de manera lenta y persistente. Creo que no sobra nadie, pero sé con certeza que falta más de uno. En cualquier caso, la redacción de esta obra ha sido una tarea gratificante y me he sentido muy honrado de dejar constancia escrita de algunas peripecias que compartí con seis amigos en tiempos adversos.

J. M. C.

Manuel Sacristán.  
Historia de una amistad



*Laye fue, sobre todo, un espacio de coincidencia de intereses,  
de discusiones apasionadas, de formación intelectual...*

Fundadores y colaboradores de *Laye*: Manuel Sacristán,  
J. M. C., Román Rojas, Esteban Pinilla de las Heras  
y Pedro Gómez de Santamaría, hacia 1954.



*El recuerdo de La montaña mágica me había llevado a tomar una determinación: el lugar de los tísicos eran los sanatorios y era allí adonde debía ir a parar.*

Sanatorio de Puig d'Olena, febrero de 1951.

I

A principios de mayo de 1950, cuando sólo me faltaban dos semanas para los exámenes del último curso de carrera, tuve que ir a la consulta del médico a causa de unos dolores de cabeza recurrentes y una febrícula descubierta unos días antes. Apenas el médico de cabecera, el doctor Guàrdia, acabó de auscultarme el pecho y de mirarme sucintamente por la pantalla de rayos X, le dijo a mi madre, que me acompañaba, que se trataba de lo mismo que había sufrido mi hermano no hacía mucho tiempo: tuberculosis. Excuso al lector los detalles de la discreta escena de pavor personal y familiar. Por entonces la tuberculosis era todavía una enfermedad maldita y, en cierto modo, vergonzante, porque era contagiosa y de gran morbilidad. Además de mi hermano Eduard, algunos amigos habían sido víctimas de ella, como Joan Ferraté y, con mayor gravedad, Manolo Sacristán, a quien habían tenido que extirpar un riñón, nefrectomía realizada por el doctor Serrallach en su clínica de la calle de Balmes, donde visité periódicamente a Manolo durante todo el curso de la convalecencia.

El doctor Cornudella –el especialista que había llevado a mi hermano y a quien acudí acto seguido– se mostró vaga-

mente preocupado. «Hombre», me dijo, «esto es un poco más complicado que lo que tuvo Eduard, pero si tenemos suerte con una prueba que te haré, no debes preocuparte porque lo superarás perfectamente. Eso sí, será un poco largo.» No añadió nada más, me envió a la cama —donde no pude pegar ojo en toda la noche— y a la mañana siguiente se presentó en casa con un ayudante que llevaba una maleta negra. «Mal vamos», pensé, cosa que quedó confirmada al abrirse la maleta y aparecer una especie de botellas de las que sobresalía un tubo de goma al que conectaron una aguja de inyectar de un palmo de largo. El doctor Cornudella me dijo que me volviera del lado izquierdo mientras me palpaba las costillas del lado derecho. «Ahora, cuando yo te lo diga, no respires. Ya...» Y me metió la aguja monstruosa, lentamente, por un espacio intercostal. Daño no me hizo, pero cuando comprendí que me estaba inyectando algo que provenía de las botellas de la maleta, me desmayé por el mal efecto de verte sometido a aquella extraña operación sin sentido aparente. El desmayo fue breve, gratificado por una copa de coñac que apareció como por ensalmo.

Acabado el rito de la inyección, el doctor Cornudella se sentó junto a la cama y me dijo: «Ahora te explicaré lo que te he hecho. Se llama neumotórax y consiste en inyectar aire entre las pleuras, lo cual reduce el pulmón a la mitad del tamaño natural. Eso produce un efecto decisivo, y es que el pulmón trabaja menos, es decir, que descansa, cosa que facilita la curación. El tratamiento es un poco largo porque las pleuras son porosas y pierden aire. De vez en cuando hay que volver a pinchar. Cuando te acostumbras, no produce mayor efecto que una inyección en el culo.» Es muy probable que la explicación que me dio el doctor Cornudella fuera técnicamente más perfecta, pero más o menos entendí de qué iría la cosa.

Ciertamente, había oído hablar del neumotórax, pero hasta entonces no sabía muy bien de qué se trataba. De repente, recordé que se hacía referencia a él en *La montaña mágica*, de Thomas Mann. Se lo dije. «Sí, claro. Ya no lo recuerdo, pero podría ser. Es una gran novela, pero todo está mitificado. Si quieres volverla a leer no te impresiones demasiado: en aquellos tiempos moría mucha más gente que ahora. En cualquier caso, por lo que a ti respecta, ya lo tenemos encauzado. Ahora tendrás que hacer una larga temporada de reposo, pero todo irá bien. No pienses en nada durante un tiempo y descansa, que es lo más importante. No podrás examinarte, huelga decirlo, porque no debes hacer el menor esfuerzo.»

El recuerdo de *La montaña mágica* me había llevado a tomar una determinación: el lugar de los tísicos eran los sanatorios y era allí adonde debía ir a parar. No quería de ninguna manera reproducir el trastorno familiar ocasionado por la enfermedad de mi hermano, que la había pasado entre el piso de Barcelona y unas temporadas en Moilà y en La Garriga. Cuando se lo dije a mis padres, se resistieron: una cosa era quedarse en casa como quien pasa un resfriado mal curado o una larga pleuresía y otra divulgar una enfermedad en aquellos tiempos, como ya he dicho, todavía vergonzante. Conseguí mostrarme inflexible y el doctor Cornudella me ayudó a ello. Por otra parte, había un sanatorio excelente –de pago, por supuesto–, que era el de Puig d’Olena. Mis padres accedieron a regañadientes. Empezaba una de las experiencias más peculiares de mi vida.

El sanatorio de Puig d’Olena –situado entre Centelles y Sant Quirze Safaja– era un gran edificio de los años treinta, construido específicamente con esa finalidad por la familia Planas por motivaciones benéficas. En 1950 lo dirigía Maria Planas y atendían a los enfermos unas mon-

jas dominicas. Instalado en una habitación individual, y por ese mismo hecho no demasiado barata, durante los primeros tiempos, de rigurosa cama, conocí el encanto y el aburrimiento de la soledad total, ya que por toda compañía tenía la de mosén Ventura —el capellán del sanatorio—, que todas las tardes venía a verme un rato. Mosén Ventura era el elemento intelectual de aquella casa, como fui descubriendo a lo largo de nuestras numerosas conversaciones. Las monjas que hacían de enfermeras, más que una compañía, eran como una presencia protectora, llena de pequeñas atenciones, de una profesionalidad teñida de afecto o, tal vez, de una vocación compasiva. Tengo un buen recuerdo de ellas, una gratitud casi infantil.

Recluido en aquel cuarto blanco, con una terraza que daba a levante, disponía de todo el tiempo libre para leer y escribir y, sobre todo, para realizar el primer repaso profundo de lo que había hecho hasta entonces y proyectar —¡cuántas cosas disparatadas debí de llegar a pensar!— lo que haría después, una vez curado y acabada la carrera, tan insospechadamente truncada en el último curso.

Hacia mediodía recibía por correo *La Vanguardia*, que leía minuciosamente desde la primera hasta la última página: era mi contacto con el mundo. Ahora bien, había otro más cálido, pero más esporádico: la correspondencia, que llegaba al mismo tiempo que el periódico.

Recibí y escribí muchas cartas. En un momento dado, pasados los años, hice una selección y destruí el resto. De esta correspondencia salvé veintiuna cartas de Manuel Sarricrán, en las que ahora me ha parecido que puedo basarme, proyectándolas hacia el pasado y hacia el futuro, para explicar mi relación con él, muy intensa durante unos quince años. La idea de centrar este papel en las cartas ha surgido de su relectura, al comprobar la extraordinaria co-

herencia del personaje durante todos los años en que nos vimos con asiduidad, y sospecho que a lo largo de toda su vida, así como otros dos aspectos concretos: su exigencia intelectual y su obsesión por la ética a la hora de tomar decisiones importantes o –el elemento que resultó más conflictivo en su relación con los demás– de juzgar hechos y a personas. Ambos puntos resultan cruciales para entender la firmeza –y probablemente también la dureza– de aquel adolescente al que conocí al empezar cuarto de bachillerato, en octubre de 1940, con el que hice la carrera en la universidad y mantuve una amistad muy íntima hasta que se diluyó, absurdamente, en 1957. Después, hasta su muerte, no hubo sino una relación correcta, un trato deferente con encuentros ocasionales, más de una vez emotivos, relacionados con hechos políticos o culturales del antifranquismo y, por el poso de la antigua relación, también referidos a nuestras familias.

Además de las cartas y antes de empezar estas páginas, he releído el número de *Mientras Tanto* de mayo de 1987, dedicado a Sacristán y editado por sus compañeros de la redacción de la revista después de su muerte. Más de uno de los colaboradores cree, con absoluto fundamento, que habría que escribir una biografía de quien fuera un intelectual relevante de la vida barcelonesa y española en una época que cubre la posguerra, el franquismo y la primera década de la democracia. Sólo uno de ellos –Juan Carlos García-Borrón– hace referencia a los años iniciales de su formación intelectual. Yo no me atreveré a tanto, porque este papel es el de la memoria subjetiva, la historia de una amistad. Algunas cosas del Sacristán adolescente y juvenil quedarán reflejadas en él. Estas líneas quieren ser fragmentarias y libres, el recuerdo de una personalidad rica y compleja, de alguien que vivió con pasión militante (ahora no

hablo tanto de partidos políticos como de conciencia personal y social) en una época que corre el peligro de caer en el olvido, vista la voluntaria inhibición del recuerdo de muchos de los que fueron sus protagonistas.

## II

Ingresé en el sanatorio la segunda quincena de junio, con lógica incertidumbre respecto del curso de la enfermedad, ya que una cosa era lo que decía el médico y otra el sentimiento que en aquel tiempo te invadía cuando te sentías tuberculoso, inevitablemente marginado. La habitación, en la parte central del edificio, era espaciosa y daba a una terraza individual donde había una *chaise-longue* en la que iba a pasar muchas de las horas que me esperaban los siguientes meses. La vista era espléndida, abierta al paisaje de cultivos y bosques del entorno: sólo se veía una pequeña mancha de civilización mirando hacia mediodía. Eran unas casas de payés que pertenecían al pueblo de Sant Quirze Safaja, al sur de los riscos de Bertí. Aquél acabaría siendo mi único paisaje durante casi un año: con el hábito de mirarlo cada día y a todas horas, llegué a pensar que era el mejor paisaje del mundo y costó mucho arrancarme de él una vez superada la primera fase de la enfermedad, cuando ya no necesité ni el reposo controlado, ni los neumotórax semanales que me infligía el doctor Agellet los martes por la mañana.

La primera carta que recibí de Manuel Sacristán está escrita en Barcelona y fechada a «*bastantes de junio*».<sup>1</sup> La

1. Los textos entrecomillados que figuran en letra cursiva aparecen en castellano en el original. (*N. de la T.*)

parte central la dedica a comentar la excelencia de la partitura musical interpretada y cantada en los funerales de Anita Bailo, en la iglesia de Pompeya. No era precisamente el tema más adecuado para animar a un tísico que acababa de ingresar en un sanatorio, pero desde su operación nefrítica, el año anterior, nos habíamos acostumbrado a hablar de enfermedades graves y de la muerte, porque estábamos rodeados de ellas y porque teníamos la insolencia propia de la edad para simular que nada nos impresionaba demasiado.

Anita Bailo era una muchacha de dieciocho o veinte años que había muerto de cáncer. Yo la conocía poco –su familia era amiga de la de Sacristán, no de la mía–, pero la tenía muy vista del barrio. No era guapa, pero sí vistosa y, contra lo que pueda parecer por lo que acabo de decir, su muerte nos había impresionado mucho. Anita Bailo vivía frente por frente, en la otra esquina del paseo de Sant Joan, de la casa donde vivían los Sacristán. Como la vecindad fue un hecho determinante para el inicio de una serie de amistades, será mejor explicar la topografía del rincón de barrio donde vivíamos todos.

Si nos situamos en el cruce de la calle de Còrsega con el paseo de Sant Joan, lo primero que vemos es una espeluznante fuente coronada por la figura de Hércules apoyado en un garrote: no es más que un referente plástico en esta historia, pero a su alrededor discurrieron algunas de nuestras conversaciones intelectuales más decisivas, paradigmáticas no tanto quizá por sus contenidos como porque eran escuchadas con suma atención –así lo parecía por su inmovilidad– por aquella preclara figura de la antigüedad clásica. De este semidiós romano –en realidad transposición del Heracles griego– se dice que fundó Barcelona, leyenda que me parece que recoge Verdaguer en su

oda al hablar de las tres columnas, hoy todavía visibles, del templo que le fue dedicado.

Bien. Ahora hay que situarse a los pies de Hércules mirando hacia la sierra de Collserola. En la esquina izquierda hay una gran casa de ladrillo rojo, de estilo indefinido, que corresponde a los números 439-441 de la calle de Còrsega y 49-51 del paseo de Sant Joan. Allí vivió durante muchos años la familia Sacristán. En el número 437 de la calle de Còrsega –pared con pared con la de Sacristán– vivíamos nosotros. Según un descubrimiento reciente, en ese mismo piso había residido antes de la guerra el señor Josep Pla, de Palafrugell. Y en la otra puerta de nuestro rellano vivía ya entonces el que ha sido un gran amigo mío, el pintor Paco Todó. También pared con pared con la de Sacristán, pero en el número 53 del paseo de Sant Joan, residía el que fue compañero nuestro de estudios y aventuras en la universidad, Jesús Núñez, diplomático, que se jubiló hace años como embajador en Viena. Si te ponías de espaldas a la estatua del semidiós –que es lo que había que hacer, dada la fealdad del monumento–, bajando a mano izquierda del paseo vivió mucho tiempo Fabián Estapé, con quien me veía ya en los años universitarios. Estapé era –y es– todo un temperamento, como puede comprobar el lector de sus considerables, sorprendentes y jugosas memorias. Finalmente, bajando a mano derecha se veía el tercer piso de la casa de Rosselló 304, donde yo había vivido antes de la guerra y donde había sido vecino de rellano de los hermanos Carandell –Lluís, Assumpció y Josep Maria–, de donde arrancaba nuestra ya muy vieja estimación.

La vecindad resultó decisiva para forjar la amistad con Sacristán, pero también la coincidencia de curso de bachillerato en el Instituto Balmes, que es donde se estableció

verdaderamente nuestra relación cotidiana. En octubre de 1940, cuando me matriculé, el Instituto Balmes estaba situado en la esquina de Mallorca con Llúria, delante del Colegio de Abogados, en el mismo palacete que hoy es sede de la Delegación del Gobierno, pero que lo fue también –cuando el instituto se trasladó a Pau Claris con Consell de Cent– de la Jefatura Provincial del Movimiento y que a principios de los años cincuenta acogió, en un despacho de la planta baja, la redacción de la revista *Laye*, a la que me referiré más adelante.

La familia Sacristán vivía en un piso discreto, correcto en su mediocridad, y la componían don Manuel –personaje simpático, de aspecto un tanto trapacero–, doña Emilia –más bien gruesa, perfecta madre de familia, acogedora y cordial– y los tres hermanos: Manolo, Antonio y Marisol, del mayor a la pequeña. Era una familia de clase media y los ingresos del padre, durante los primeros años de la posguerra, estaban vagamente relacionados, si no recuerdo mal, a la administración de los bienes del Frente de Juventudes, con algún pequeño negocio añadido. Más tarde tuvo una imprenta, pero, en cualquier caso, en aquellos años difíciles disponían de un pasar suficiente aunque marcado por una fluctuante incertidumbre de los ingresos. Sin embargo, más adelante dejaron el paseo de Sant Joan por un piso en la Diagonal, concretamente en el número 527, desde donde están escritas las cartas a las que hago referencia: el ascenso social resultaba evidente.

En la complejidad del recuerdo, me parece darme cuenta ahora de que la diferencia entre mi familia y la suya radicaba –desde un punto de vista sociológico– en una realidad que para nosotros dos no tenía la menor importancia, pero que establecía una sutil distancia provocada por la profesión de mi padre, que giraba en torno a la

empresa privada, con una tendencia al alza económica, y por el hecho de que éramos catalanes con raíces barcelonesas antiguas.

Refiero estas minucias porque con los años uno se da cuenta de que hay sutilezas que de repente te ayudan a ver con mayor claridad, en el caso improbable de que en la vida de los hombres exista algo que sea claro. Por lo que respecta a mi larga amistad con Manolo, creo que por su parte hubo siempre una profunda reserva hacia mi familia o, para ser más exactos, hacia mi padre, reserva extensible a toda una forma de ser o de pensar que configuraba mi entorno familiar tal vez de manera demasiado tópica, o debido a una exagerada extrapolación a lo que podríamos denominar «pequeñoburguesismo del barrio de Gràcia». Que estábamos en contra de nuestros padres resultaba patente, evidente y natural. Pero, por decirlo de un modo sólo aproximado, si Manolo estaba en contra de mi padre, se debía no tanto a que siempre le hablaba en catalán –hecho que más bien lo divertía– como a que probablemente era el primer personaje que conoció de una *Weltanschauung* ideológicamente odiosa. Con todo, el trato esporádico que mantuvieron a lo largo de los años fue siempre deferente por ambas partes.

Si me he extendido sobre las consideraciones del barrio y de nuestras familias es porque aquél fue nuestro entorno urbano y sociológico durante muchos años y ya no será necesario volver sobre ello. Seguiremos, pues, con la primera carta suya que recibí en el sanatorio.

Después del mencionado comentario sobre la parte musical y coral de los funerales de Ana Bailo, hace un paréntesis que me interesa subrayar. Dice así: «*Mientras en la iglesia se me ocurrían todas esas irónicas asociaciones, el [ilegible] del coro ha conseguido hacer vibrar la cuerda, tan tensa-*

*da en mí, de la lealtad a la tradición histórica. Y he pensado que las formas tradicionales sólo podrán sobrevivir si somos nosotros los que sabemos valorarlas en su justo alcance (...) pero si son los supersticiosos reaccionarios los que intentan salvarlas, se hundirán en el ridículo de una falsa orientación funcional. Pues funcionalmente son sólo los objetos simbólicos en que cristaliza “por modo saduceo” la masa inabandonable de la tradición histórica, no fórmulas vivas para las necesidades cotidianas.»* Hay dos puntos de este párrafo que es preciso comentar. El primero, la afirmación taxativa que define parte del talante de Sacristán: «... *la cuerda, tan tensada en mí, de la lealtad a la tradición histórica.*» En su caso, avanzadas las carreras de Derecho y de Letras, Manolo era un conocedor no sólo del mundo clásico sino también de las lenguas griega y latina. (Dicho sea de paso, yo las detestaba porque, cuando las estudiamos en bachillerato y en los dos cursos comunes de Letras, me parecían puras reliquias del pasado, una lata estéril de ninguna utilidad para mis intereses de entonces, y este hecho había formado parte de un conflicto con el profesor de latín del instituto, más adelante reencontrado y muy respetado por mí, el catedrático Santos Coco.) Por lo tanto, «*la lealtad a la tradición histórica*» cabe entenderla, ya en aquellos años, como la tradición de raíces clásicas desde los inicios de lo que se ha denominado el pensamiento occidental, abrazándolo así en su totalidad. El segundo punto resulta obvio: el régimen franquista y la Iglesia católica justificaban la censura de muchos textos modernos y contemporáneos basándose en la línea «tradicional» del pensamiento oficial, un tomismo tronado presuntamente aristotélico. Manolo los englobaba a ambos como «*supersticiosos reaccionarios*»: la religión era pura superstición y —perdida hacía tiempo la guerra por las fuerzas del Ejército— más que fascista.